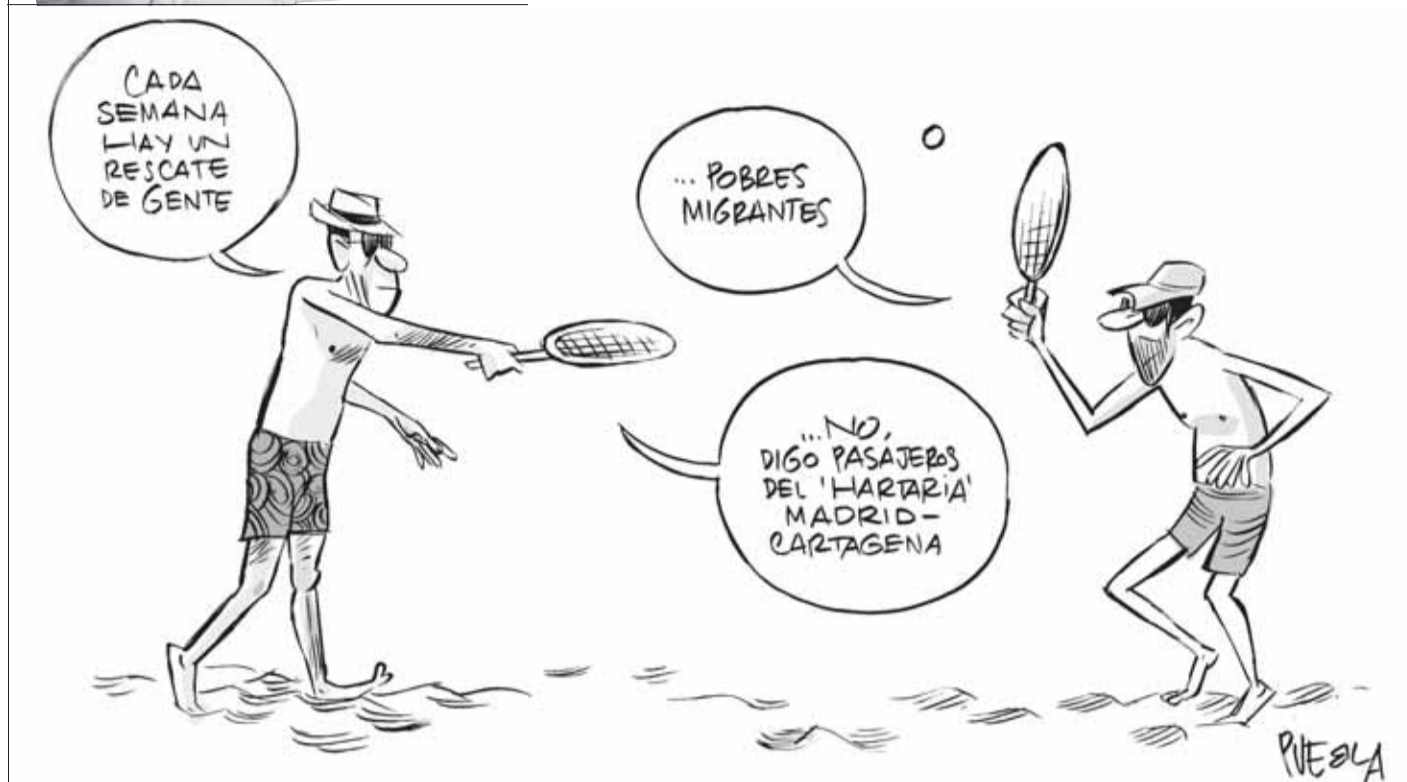




PUEBLA



LA FRASE

PABLO RAMÍREZ
DIRECTOR DEL INSTITUTO
MURCIANO DE INVESTIGACIÓN
BIOSANITARIA (IMIB)



«Los investigadores necesitan estabilidad. Si no velamos por el talento, se termina marchando»

EN PRIMER PLANO

JOSÉ RAMÓN CARRASCO
DIRECTOR GENERAL
DE EMERGENCIAS



Un aniversario de éxitos. El XX Aniversario del Teléfono de Emergencias 112 ha devuelto la actualidad a un servicio que en este tiempo ha atendido unos veinte millones de llamadas y que, sin lugar a dudas, ha permitido salvar la vida de muchos murcianos. No se deben escatimar esfuerzos ni inversiones para seguir trabajando en la atención de quienes demanden ayuda en la Región.

ANA BELÉN CASTEJÓN
ALCALDESA DE
CARTAGENA



Tren del siglo XXI. Castejón ha aprovechado la llegada del murciano Pedro Saura al Ministerio de Fomento para plantearle distintas reivindicaciones, en especial sobre el AVE. En medio de la indignación ciudadana por los problemas del Altaria y del Regional, Castejón exige mejoras y estudiar con rapidez el trazado de alta velocidad planteado por los vecinos y apoyado por todos los partidos.

LA ZARABANDA
GARCÍA MARTÍNEZ

Solución, la gallina caminera

Observar las aves alivia
la depre y la ansiedad



Sostienen los estudiosos que la observación de las aves en libertad es buena para la salud. Si quieres ahorrar en medicamentos para la depresión y la ansiedad, lo mejor es pararse y mirar, por ejemplo, las palomas que van y vienen por las calles, pero sobre todo por las plazas y plazuelas de nuestras ciudades.

Ya sé que, precisamente sobre las palomas, habría mucho que hablar. Hay personas que, viéndolas posarse (con el mayor de los descaros) en las mesas de las terrazas para picotearte la marinera, no solo no mejoran, sino que se ponen peor. Y más si el volátil se posa en tu hombro y hace sus necesidades. Con esto quiero decir que los beneficios de contemplar aves solo se dan en determinadas condiciones.

—Que no tienen que ver con las palomas urbanas.

Claro. Esto es algo que deberían tener en cuenta los investigadores. Para no confundir al personal. Hablemos de las tórtolas. Muy bien. Van siempre en pareja y tienen unas líneas muy gráciles y airosas. Pero, joder, se te cagan encima (o en tu entorno más cercano, digamos el coche) a las primeras de cambio. Y, como son dos, el resultado de la cagamenta es doblemente perjudicial. El material que depositan es tan corrosivo, que puede echarse a perder incluso los objetos metálicos. Servidor ha visto mierdas tortolinas que hacen un agujero en el capó de tu vehículo.

Es cierto, sin embargo, que ver a los pajarillos hacer piruetas en el aire, posarse en los cables de la luz, picotear gusanillos en el suelo y cantar venga o no a cuento, pues que te regula el ánimo. Pero no debemos olvidar que todo en la vida tiene dos caras y ambas deben considerarse antes de formular un juicio definitivo.

Circula estos días por los móviles un vídeo con mucho humor, o sea que te descojonas viéndolo y es medicamento para el alma doliente. Se ve a una guapa gallina, sospecho que murciana, que, diligentemente y a muy buen paso, tira de un carricoche en el que va sentado un sujeto. Muestra una leyenda que dice: 'Llegada del AVE a Murcia'.

Lo que es a mí, me ha quitado la tristeza ferroviaria que padecemos los pobreticos murcianos.

Degenerando

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ-ABARCA



En el Archivo Regional de Murcia se exhibe estos días una ejemplarizante fotografía, de esas que por sí solas demuestran para siempre, sin posible prueba en contrario, que el ser humano evoluciona, pero a veces, más veces de las que se podría suponer, no precisamente a mejor. No pude evitar acordarme de la incontrovertible frase de Josep Pla: «la humanidad ha avanzado mucho, pero no ha progresado nada».

La foto corresponde a la exposición sobre la historia del automovilismo en Murcia, '100 años sobre ruedas'. Es una evocadora pieza de arte en blanco y negro, ampliada de forma impecable. Retrata la modesta parada de un autobús, un 'coche de línea', como siempre se ha dicho aquí, en 1930, antes de la Guerra. El cartel que figura en el techo del coche de línea anuncia que recorre entre polvo (lo del polvo no lo dice el cartel) algunos pueblos de Cartagena, como Los Belones o

Cabo de Palos. El pequeño autobús es una lata de sardinas, está atestado de gente, cuyas cabezas y a veces cuerpos salen por las ventanas, mirando a la cámara. Gente de los pueblos. Gente de los pueblos de 1930. Gente de los pueblos de 1930 de una Región humilde dentro de una España atrasada, dedicada a la agricultura, que mira a la cámara, extrañada y curiosa, como mira el propio pasar de los automóviles.

Los pasajeros son en su mayoría muy jóvenes. Abundan los niños. Lo que había por entonces en España, cuando la gente del pueblo tenía que calcular, a la hora de formar una familia, multiplicando los hijos por dos, ya que normalmente éstos quedaban vivos la mitad o menos, debido a las enfermedades prematuras. Todo el mundo lleva el pelo bien cortado y va aseado. Incluso trajeado. Hasta los niños. La pobreza dignísima, y hasta coqueta, de la gente que, tal vez, no tenía para comer. Las camisas blancas son deslum-

brantes. Desarmantemente deslumbrantes. Una blancura que no existe hoy. Se nota que han sido lavadas a mano y luego frotadas en la tabla o en el mármol. Tal vez llevaran 'azulete' en el lavado, o el precedente de éste, para aumentar el resplandor. Sobre las camisas, van vestidos con ropas oscuras, sistemáticamente más gruesas que las de hoy, probablemente heredadas y disimuladamente raídas (esto se solucionaba dándoles la vuelta, en algún sastre). Pero todos tienen una naturalidad asombrosa, y lo que me atrevería a llamar elegancia. Sí, también los niños. Niños de los campos españoles de 1930 que tal vez no supieran ni leer ni escribir. Gastan una formalidad conmovedora, inequívocamente hecha a base de privaciones.

Hay algunas figuras en la foto que llevan muchos soles sobre su cabeza, la piel muy oscurecida, arada. Pero su forma de llevar las blusas de agricultor o de cochero, azul mahón o negras, no la mejoraría ni Armani. Ahora pensemos en qué tipo de público español llenaría hoy ese pequeño coche de línea. Sí, estarían mucho más comidos —que no mejor— y serían más guapos y altos. Pero qué expresión de ojos mostrarían, qué maneras, cómo vestirían, cómo gritarían, si parecerían tan aseados y pulcros como aquella gente de 1930 que no tenía nada de nada. La respuesta definitiva es a la vez una pregunta eterna: Cómo hemos podido degenerar de esta manera.